
SEPTIMO SERMON.

Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

*Memoriam fecit mirabilium suorum.
escam dedit timentibus se.*

(Psalm. CX, 40.)

JESUCRISTO, Señores, no es como los personajes que el mundo llama grandes hombres, y que figuran durante breves años en la escena social, desapareciendo sin dejar en la tierra mas que sus cenizas, y el vano recuerdo de sus hechos. Es de ayer, y de hoy, y el mismo en todos los siglos (1). Es el Verbo de Dios, que tomó nuestra naturaleza para no dejarla jamás, y su humanidad, unida al Verbo, vive y vivirá eternamente. Tú eres siempre el mismo, le dice el Apóstol con el Profeta, y tus años no menguarán (2). Es verdad que se sometió á la muerte, pero resucitó para no volver á morir. Murió porque quiso (3), resucitó por sí mismo, y la muerte no tendrá ya imperio sobre él (4). Subió al cielo, y allí está, dice San Pablo, viviendo siempre para ser nuestro mediador

(1) Hebr. XIII, 8.

(2) Id. I, 12.

(3) Isai. LIII, 7.

(4) Joann. X, 18.

y abogado (1), perpetuando la mision que del Padre recibiera, hasta que llegue el dia de entregar á este el reino, para que sea todo en todas las cosas (2).

Esa mision continúa Jesucristo tambien en la tierra. Al tomar nuestra naturaleza, no se propuso tan solo levantarla en su persona al órden divino, y ofrecerla como víctima por los pecados del género humano, sino hacer de ella el instrumento por el cual lleguen á nosotros los tesoros de luz y de vida que en sí encierra, á fin de que vivamos segun su espíritu, como hijos adoptivos de Dios, llamados al cielo. Estos tesoros derrama sin cesar en el mundo intelectual y moral, como el sol difunde sus rayos en el órden de la naturaleza, por medio de su doctrina y de sus Sacramentos, de que hizo depositaria á la Iglesia, y de un modo especial por la Sagrada Eucaristía. En ella encontró el maravilloso secreto de permanecer habitando con nosotros en la tierra, sin dejar de ocupar el trono de su gloria en el cielo, y de perpetuar su mision en el mundo, para llevar al último término, en cuanto es de su parte, la restauracion y santificacion de todos y de cada uno de los hombres.

Hablemos, pues, hoy, hermanos, de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. Además de exigirlo el desarrollo del plan que me he trazado en estos dias, es muy justo consagrar un discurso á ese Sacramento adorable, á quien se rinden estos solemnísimos cultos. En la Eucaristía vive el Verbo encarnado para estar siempre con nosotros; renueva constantemente su sacrificio para aplicarnos los frutos de la redencion, y se une á nosotros de la manera mas íntima y amorosa para levantarnos hasta Dios y hacernos como dioses.

(1) Hebr. VII, 25.

(2) I Cor. XV, 28

PRIMERA PARTE.

El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros (1). Esta es, Señores, la verdad fundamental que nos lleva á conocer á Jesucristo, nos da la medida de sus grandezas, nos descubre su carácter y su mision, y establece á la vez que esplica las relaciones que en él y por él tenemos con la divinidad. Nadie puede llamarse cristiano, nadie puede salvarse sin la fe en este misterio del Verbo hecho carne (2). Pero tan cierto como es este misterio, llamado por San Pablo el gran sacramento de la piedad divina (3), y por el Profeta la obra de Dios por excelencia (4), y tan necesario como la fe en él para tener la vida eterna, lo es igualmente la firme creencia del gran misterio del amor divino, y de la permanencia entre nosotros del Verbo hecho carne en la Sagrada Eucaristía, en la que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo (5).

Cuando el Hijo de Dios, rodeado de innumerable turba, anunció claramente la institucion de este sacramento, resistiéronse muchos á creerle aun entre los que se

(1) Joann. 1, 14.

(2) Necessarium est ad æternam salutem, ut incarnationem Domini nostri Jesuchristi fideliter credat. (*Symbol. S. Athan.*)

(3) I Tim. III, 16.

(4) Hab. III, 2.

(5) Si quis negaverit in SS. Eucharistiæ Sacramento contineri vere, realiter et substantialiter corpus et sanguinem una cum anima et divinitate Domini nostri Jesuchristi, ac proinde totum Christum, anathema sit. (*Conc. Trident., Sess. 13, c. 1.*)

llamaban ya discípulos suyos; pero lejos de modificar sus palabras para atraerlos, las repitió mas caracterizadas, añadiendo: Si os escandaliza lo que os digo, y os negais á creerme estando yo aún entre vosotros, ¿qué será cuando suba al cielo? (1) Abandonáronle no pocos que, como groseros y carnales, no comprendian sus palabras, y volviéndose á los apóstoles que permanecian junto á él, les dijo: ¿Y vosotros tambien quereis marcharos y dejarme? mostrándose resuelto á quedar sin uno solo de sus discípulos antes que retractar su bondadosa promesa, y retirar una sola de las palabras con que les anunciaba la verdad y la extension de ella. Lleno de fe el primero de los apóstoles, que ya antes habia confesado la divinidad de Jesucristo (2), respondió por todos: ¿A quién iremos, Señor, si nos separamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios (3).

Frase hermosa y profunda, que da la razon de la fe y el asentimiento á todas las verdades de la religion. Creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es el Verbo hecho hombre, la verdad sustancial, y creemos por lo mismo cuanto nos dice, porque sus palabras son de vida eterna. Diciéndonos, pues, que en la Sagrada Eucaristía nos da su cuerpo, su sangre, y cuanto él es, creamos sin vacilacion, dice el Crisóstomo, aunque repugne á nuestros sentidos y á nuestros pensamientos (4). Creamos, dice San Gaudencio, á aquel á quien creemos ya

(1) Joann. VI, 63.

(2) Id. VI, 68.

(3) Id. 69, 70.

(4) Quoniam Verbum dicit: hoc est corpus meum: et assentiamur et credamus, et intellectualibus ipsum oculis intueamur. Nihil enim sensibile nobis Christus tradidit; sed sensibilibus quidem rebus, at omnia intelligibilia. (*S. Joann. Chrysostom., Hom. 60 ad pop. Antioch.*)

Hijo de Dios y verdad eterna. La verdad no sabe mentir (1). Para no creer, es necesario negar á Jesucristo, añade San Hilario, porque es preciso negar que sea Dios para decir que no pudo obrar este prodigio, ó que no habló verdad al anunciarlo (2). Lejos de nosotros toda duda, puesto que el mismo autor del prodigio es el testigo de su verdad (3).

Recordemos, Señores, las palabras de San Pablo á los Corintios: «Yo recibí del Señor lo que os enseñé á vosotros, que el Señor Jesus, en la noche que fue entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió, y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó el caliz, diciendo: Este caliz es el nuevo testamento en mi sangre. Haced esto cuantas veces lo bebiéreis en memoria de mí. Porque cuantas veces comiéreis este pan y bebiéreis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga.» (4) Estas palabras nos enseñan que en la Sagrada Eucaristía poseemos á Jesucristo, que en ella se sacrifica por nosotros renovando el sacrificio del Calvario, y que se une á nosotros dándonos en alimento, para comunicarnos cuanto él es.

Discurramos separadamente acerca de estas tres frases del misterio eucarístico. Por él vive Jesucristo entre nosotros. No os dejaré huérfanos, dijo á sus apóstoles. El mundo no me verá, pero vosotros me vereis (5).

(1) Credamus ergo cui credidimus. Nescit mendacium veritas. (S. Gaudent., *De ratione Sacramentorum*.)

(2) De veritate carnis et sanguinis non est relictus ambigendi locus. Contingat plane iis verum non esse, qui Christum verum Deum negant. (S. Hilar., *de Trinitate*, lib. 8.)

(3) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (Id., *Serm. 5 de Pasch.*)

(4) I Cor. XI, 23, 26.

(5) Joann. XIV, 18, 19.

Este es mi cuerpo, esta es mi sangre (1). Yo estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo (2).

¿Cuál es la razon de este inefable beneficio? El amor, hermanos. Todo cuanto en sus designios de misericordia hizo Dios para restaurar al hombre, y con él todas las cosas en el cielo y en la tierra, tiene su principio en el amor. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su unigénito (3). El Hijo de Dios hecho hombre, le ama y se entrega á la muerte por él (4). ¿Qué otro, pues, podia ser el movil de esa invencion divina, de la que dice Santo Tomás que es el milagro de los milagros, que reúne en sí cuantas maravillas ha obrado Dios desde el principio del mundo? (5) Hablando de Jesucristo en la noche en que instituyó ese Sacramento adorable, dice San Juan: Como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (6), esto es, hasta donde es posible llevar la manifestacion de su infinita caridad, ya que, como dice el Santo Concilio de Trento, derramó todas las riquezas de ella en este Sacramento (7), y ni en su omnipotencia pudo hacer mas, ni en su sabiduría supo hallar mas, ni en su amor tuvo mas que comunicar, como dice San Agustin (8).

(1) Matth. XXVI, 26, 28.

(2) Id. XXVIII, 20.

(3) Joan. III, 16.

(4) Gal. II, 20.

(5) Maximum miraculorum Christi. (S. Thom., *Opusc.* 58.) In Eucharistia Deus tot et tanta mirabilia inclusit, quot in ipso videtur quasi omnium mirabilium quæ ab initio mundi fecit, memoriam renovasse. (Id. *Opusc.* 59.)

(6) Joann. XIII, 1.

(7) Divitias sui erga homines amoris velut effudit. (*Conc. Trid.*, Sess. 13, cap. 2.)

(8) Dicere audeo quod Deus cum sit omnipotens, plus dare non potuit: cum sit sapientissimus, plus dare nescivit: cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. August.)

De esta manera satisface á la gran pasion de Dios que siente el género humano. En medio de las tinieblas del entendimiento y de la corrupcion del corazon por el pecado, el hombre no pudo ni supo prescindir de Dios. Siendo de la estirpe de Dios, dice Ciceron, y dotado de la razon que es reflejo de luz divina, ha de tener necesariamente sociedad con Dios (1). Por ello David llama insensato al que niega á Dios (2); y entre los antiguos, hombre incapaz de religion, era sinónimo de irracional (3). Como la idea de Dios preside en la inteligencia, así el sentimiento de Dios, la pasion de Dios, domina el corazon. Y es que el hombre ha sido hecho para Dios, y este no es para él un bien accesorio, accidental y pasajero, sino un bien final, esencial y necesario. El alma humana con toda la fuerza de su voluntad, con toda la impetuosidad de su instinto busca á Dios, aun en las cosas que le apartan de él. Busca á Dios, dice San Dionisio, en todo lo que conoce y en todo lo que ama (4). Yerra, como dice San Pablo de los filósofos antiguos, que adoraron á las criaturas como dioses (5); pero este mismo hecho de suponer en ellas un carácter divino para adorarlas, prueba que el hombre tiene una inclinacion natural á acercarse á Dios, á estar en su compañía, á unirse íntimamente con él.

No pudiendo levantarse hasta Dios el alma abismada en la carne, se fingió dioses con quienes comunicarse, aunque solo exterior y sensualmente, y los multiplicó

(1) *Homines deorum agnatione et gente tenentur.... ex quo vel agnatio nobis cum cœlestibus, vel genus, vel stirps appellari possit.* (Cicer., *De legib.*, L. 1, §. 7 et 8.

(2) Psalm. XIII, 1.

(3) *Joubert*, t. 1, p. 113.

(4) S. Dionys., *de div. nomin.*

(5) Rom. I, 22.

para estar á todas horas á la sombra de una deidad. Dioses en la ciudad y en el campo, en el hogar doméstico y en los caminos, en el mar y en la tierra; dioses para todas las edades y todos los estados, para la paz y la guerra, para la vida y la muerte, de modo que ni un paso se diera sin ponerse en relacion con una deidad. Así queria el hombre satisfacer la necesidad de Dios, que vivamente sentia, y se afanaba, aunque inútilmente, para suplir la ausencia del Dios verdadero, de quien se habia alejado con dioses fantásticos, que se daba á sí mismo.

Recordad las palabras de Moisés á los Hebreos: No hay nacion tan grande y privilegiada que tenga sus dioses tan cerca, como está cerca de nosotros nuestro Dios (1). Este título de gloria se fundaba en que el Señor hacia sentir su presencia en el Tabernáculo que habia mandado se le levantase en medio del campamento. Pero esa manifestacion de Dios, esa aproximacion de que se envanecia el pueblo escogido, lo era solo en los símbolos y figuras que mantenian la fe en las divinas promesas, y alimentaban la esperanza de los bienes futuros, de que era sombra la antigua ley. La comunicacion verdadera entre Dios y el hombre tuvo principio en la Encarnacion: la realizó el Verbo hecho carne para habitar con nosotros, en términos que el discípulo amado pudo decir en su primera carta: «Os anunciamos lo que vimos y oimos; lo que fué desde el principio, lo que miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida, para que tengais comunion con nosotros, y nuestra comunion sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (2); y el mis-

(1) Deuter. IV, 7.

(2) I Joann. I, 1, 3.

mo Hijo de Dios dijera á los que le seguian: Dichosos los ojos que ven lo que veis vosotros: muchos profetas y reyes lo desearon, y no les fué dado conseguirlo (1).

Acercábase, empero, el momento de consumir su obra, sacrificándose por los hombres, y debia volver al Padre. Salí de él y vine al mundo, decia á los Apóstoles: ahora dejo al mundo y vuelvo al Padre (2). Este anuncio los llenó de tristeza, y Jesus los consuela diciendo: no os dejaré huérfanos (3). En esa noche memorable, dice San Juan, sabiendo Jesus que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, los amó hasta el fin (4). Su amor le hace comprender que la humanidad entera quedaria sumergida en la tristeza que oprimia á los Apóstoles, y que del fondo de todos los corazones llegaba al suyo lo que mas tarde, sin conocerle, dirían los discípulos de Emaús: *Mane nobiscum, Domine* (5); y sabiendo que el Padre dejó todas las cosas en sus manos (6), pone al servicio de su amor esa omnipotencia que el Padre le ha dado, obra el prodigio de la transubstanciacion, convirtiendo el pan y el vino en su cuerpo y sangre (7), y satisface las aspiraciones de la humanidad, permaneciendo con nosotros de una manera misteriosa pero real, que le permite estar á la vez en la tierra, y en relacion íntima y amorosa con los hombres, al tiempo mismo que sube al cielo para prepararles el lugar que ocuparán un dia, si le son fie-

(1) Luc. X, 23, 24.

(2) Joann. XVI, 28.

(3) Id. XIV, 18.

(4) Id. XIII, 1, 3.

(5) Luc. XIV, 29.

(6) Joann. XIII, 2.

(7) Ea omnipotentia qua Verbum factum est caro, fit Eucharistia caro Verbi. (S. Justin., *Apolog.* 2.)

les (1), y para enviarles al Espíritu Santo que los santifique, á fin de que sean dignos de la gloria (2).

Invencion sublime, Señores, llamada por los Santos Padres Sacramento de los Sacramentos, milagro de los milagros (3), y amor de los amores (4), que nos hace poseer á Jesucristo, y perpetúa su estancia y su vida entre nosotros.

Habiendo venido al mundo para destruir el imperio de las concupiscencias que en él reinaban, y para reparar las ruinas que causára el orgullo y el espíritu de independencia, dando origen al egoismo y á la sensualidad, se humilló á sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte de Cruz (5), dando su vida para el rescate del género humano, en fuerza de su infinito amor (6), despues de pasar derramando bienes por do quiera (7). Esa humillacion, esa obediencia y esa caridad, forman tambien su carácter en ese Sacramento. En su vida mortal y en la Cruz, dice Santo Tomás, ocultó tan solo su divinidad; aquí esconde tambien su humanidad (8). Allá se humilló hasta ocupar el último lugar entre los hombres (9); aquí desciende á lo mas ínfimo, encerrando la sustancia de su cuerpo en accidentes que no son suyos, y se reduce á la pequeñez de las especies sacramentales, despojado de toda apariencia, y como muerto, siendo la misma vida.

(1) Joann. XIV, 2.

(2) Id. XVI, 7.

(3) Sacramentum Sacramentorum, mysterium mysteriorum. (S. Dionys., *de Div. Hierarch.*)

(4) Amor amorum. (S. Bernard.)

(5) Philip. II, 8.

(6) Ephes. V, 2.

(7) Act. X, 38.

(8) In Cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas. (S. Thom., *Rythm. Euch.*)

(9) Isai. LIII, 3.

Sobre la tierra se mostró sin voluntad propia, para hacer solo la del Padre (1). Se sometió á la obediencia de María y de José (2), y obedeció hasta á sus mismos enemigos. Aquí obedece á la palabra de todo sacerdote que le hace venir á sus manos, consagrando el pan y el vino, y á la voluntad de quien le expone públicamente, ó le encierra en el Sagrario, y á la de cuantos quieren recibirle en su pecho, siquiera sea indignamente y para ultrajarle.

En los dias de su carne vivió oculto en Nazaret, y amó siempre la soledad y la oracion. En la Sagrada Eucaristía se esconde, y su estado en ella es el de una inmolation perpétua y de una oracion no interrumpida. Allá, no solo abrazó la humillacion voluntaria, sino que se sometió al desprecio, al abandono y á la persecucion; y aquí sufre la persecucion de los herejes, las blasfemias y el desprecio de los impíos, y la indiferencia y abandono de los que, llamándose cristianos, no tienen de tales mas que el nombre. Allá, en fin, su corazon estuvo siempre dispuesto á oír todas las súplicas, á remediar todas las miserias y enjugar todas las lágrimas; aquí hace lo mismo y acoge al pecador, perdona á la adúltera, abraza al hijo pródigo, y repite á cada momento: Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré y os daré fuerzas (3). ¡Oh humildad de Jesus, cómo confundes nuestro orgullo! ¡Oh amor, cómo no triunfas de la indiferencia filosófica, de la impiedad libertina, de la hipocresía farisáica, y de la tibieza tan general entre los mismos cristianos!

¿Pero es tan solo permanecer entre los hombres, y

(1) Joann. VI, 38.

(2) Luc. II, 51.

(3) Matth. XI, 28.

derramar en sus corazones tesoros de caridad, lo que se propuso Jesucristo al instituir ese Sacramento? No, hermanos: esto no basta á sus amorosos designios. Tres son las causas de su institucion, dice Santo Tomás: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el alimento del hombre (1). Hemos visto la primera: fijémonos ahora en la segunda.

En el discurso anterior consideramos á Jesucristo como Redentor del género humano, y reconciliando al mundo con Dios. Con la oblacion voluntaria del cuerpo de Cristo hecha una sola vez, somos santificados, dice San Pablo (2). ¿Cesará con ello todo sacrificio? No, Señores: el sacrificio es el acto principal de la religion; esta es necesaria y natural al hombre; pero no se concibe sin sacrificio; que por ello dice Santo Tomás, que su oblacion es de derecho natural (3). Cesarán, sí, las víctimas antiguas, que no eran sino una figura del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (4), y que en su misma variedad y multiplicacion, dice San Juan Crisóstomo, acusaban su insuficiencia para expiar el pecado (5), que no se borra con la sangre de los machos de cabrío y de los becerros (6), sino con la del Cordero místicamente sacrificado desde el principio del mundo (7); pero no cesará el sacrificio de este Cordero que

(1) Causa institutionis est triplex: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, cibus hominis. (S. Thom., *Opusc.* 58, c. 1.)

(2) Hebr. X, 14.

(3) Oblatio sacrificii pertinet ad jus naturale. (S. Thom., 2. 2, quæst. 85, art. 1.)

(4) Joann. I, 29.

(5) Illæ autem hostiæ multæ. Ideo enim non validæ, quia multæ. Quid enim opus erat multis, si una sufficeret?..... Secus autem in Christo. Semel oblatus est, satisque ea in æternum oblatio fit. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 17 in Ep. ad Hebr.*)

(6) Hebr. X, 4.

(7) Apoc. XIII, 8.

pacífica al cielo y á la tierra (1). El Profeta lo habia anunciado en nombre de Dios: «Desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los ejércitos (2).

Dios Padre ungió á su Hijo Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (3). Si Sacerdote, dice San Pablo, ha de tener algo que ofrecer (4). Si Sacerdote para siempre, no ha de cesar la oblacion del sacrificio. Si Sacerdote segun el orden de Melchisedech, ya no tendrá lugar la oblacion de víctimas sangrientas que pertenecian al orden de Aaron, sino la del pan y del vino, que como Sacerdote del Dios Altísimo ofreció Melchisedech (5). Tanto el sacrificio de este como los de Aaron, eran figurativos del de Jesucristo; pero los del último, sacrificios sangrientos, que anunciaban el del Calvario, debieron cesar y cesaron en cuanto fué inmolado Jesucristo en la Cruz, como habia profetizado Daniel (6). Carecian de objeto, porque nada significa la figura, cumplida ya la realidad, habiendo entrado Cristo Jesus por su propia sangre en el tabernáculo, encontrando la redencion eterna (7). El de Melchisedech no debia cesar, sino durar perpétuamente, elevado á mas sublime excelencia, como reconocieron los mismos judíos (8).

(1) Colos. I, 20.

(2) Malach. I, 2.

(3) Psalm. CIX, 4.

(4) Hebr. VIII, 3.

(5) Gen. XIV, 18.

(6) Dan. IX, 27.

(7) Hebr. IX, 11, 12.

(8) Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet a cessatione sacrificiorum sacri-

Ahora bien: esa oblacion figurativa del pan y del vino, hecha por aquel gran Sacerdote, tiene su cumplimiento en la Sagrada Eucaristía. En la noche en que el Pontífice eterno, Cristo Jesus, instituyó el sacerdocio de la nueva ley y el sacrificio que debia sustituir á los antiguos, tomó en sus manos el pan y el vino, y dando gracias al Padre, los bendijo diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada: esta es la sangre de la nueva alianza, que Dios hace con el hombre. Cuantas veces hagais esto, hacedlo en memoria de mí. Cuantas veces, pues, haciendo esta oblacion al Padre, comereis este pan y bebereis esta sangre, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga, esto es, hasta el fin de los tiempos (1).

Ved ahí, Señores, al Sacerdote; ved la víctima y su inmolacion y el objeto de ella. El Sacerdote es Cristo Jesus, á quien dice Dios Padre: Tú eres Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (2), y que realiza lo que este figurára, ofreciendo el pan y el vino. La víctima, Jesus lo dice, es su cuerpo sacrificado para salud del mundo. La inmolacion la expresan sus palabras con que consagra separadamente el pan y el vino, y convierte la sustancia de aquel en su cuerpo, y la de este en su sangre, separándolas como en señal de destruccion y de muerte. El objeto del sacrificio es el perdon de los pecados, la reconciliacion con Dios, la alianza, el tratado de paz entre el Criador y la criatura, que se ratifica con la sangre de Jesucristo, como la antigua alianza con la

ficium panis et vini, sicut dicitur: tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. (Rabbi Finees, in *Bereschit Rabba.*)

(1) Matth. XXVI, 26, 28.—I Cor. XI, 23, 26.

(2) Psalm. CIX, 4.